

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE OSMA.

Sumario de este número.—Carta Pastoral sobre la necesidad de la oración.—Anuncio de la Bendición Papal para el día de la Inmaculada.—Necrología.

NOS EL DR. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO Y UBAGO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Obispo de Osma, etc.

A nuestro venerable clero y fieles diocesanos.

Vamos á entrar, y para cuando se dé lectura de esta Carta Pastoral habremos ya entrado, V. H. y A. H., en un tiempo muy propio y oportuno de oración. Y no es que todos los tiempos no sean buenos para la oración y que no debamos hacerla en todos ellos. *Sine intermissione orate* (1), nos dice el Apostol San Pablo. Debemos orar siempre porque no se comprende la vida del cristiano sin oración, la cual es al hombre tan necesaria como el aire para los vivientes, como el sol para las plantas.

Pero hay tiempos en que de un modo especial debemos ejercitarnos en la práctica de la oración y esto sucede con el Santo tiempo de Adviento. Pensemos en los justos de la antigua ley que vivieron en aquella larga noche de cuarenta siglos: con qué ansias tan amorosas suspiraban por el deseado día

(1) Tess. v, 17.

Los Collados eternos; por el divino Cordero que había de borrar los pecados del mundo; por el libertador prometido que había de redimir al humano linaje. Y si eran tan fervorosas y tiernas las plegarias y súplicas que elevaban al Cielo los Patriarcas y Profetas del antiguo Testamento por el nacimiento del Salvador, que diremos de la oración y suspiros de la Virgen recogida en Nazaret á quien habían sido revelados con tanta claridad los secretos celestiales, que recibió la embajada del Angel y escuchó aquella salutación en que se la proclamaba llena de gracia, el anuncio de que era la destinada para Madre de Dios?

Ahora, durante este Santo tiempo de Adviento, estamos contemplando á la Santísima Virgen en su expectación; al Divino Verbo en el misterio de su Encarnación, y debemos unir nuestros acentos á los de aquellos antiguos Patriarcas, Jueces y Reyes; nuestras oraciones y súplicas á las de la Santísima Virgen, nuestro espíritu al de la Iglesia Nuestra Madre que pide y ruega que venga el que es la Sabiduría para enseñarnos, el que es raíz de Jesé para libertarnos; el que es la llave de David para sacarnos del cautiverio, el que es oriente y esplendor de luz eterna para iluminarnos; el que es Rey de las gentes para salvarnos; el divino Emmanuel, para estar con nosotros. Qué tierno y commovedor es el Oficio de la Iglesia en este Santo tiempo. No hay nada más dulce y consolador. Quiere la Iglesia que adoremos al Rey que está para venir: *Regem venturum dominum venite adoremus*. Nos dice que el Señor está cerca; que le adoremos: *Prope est jam Dominus, venite adoremus*. Pero cómo le adoraremos, cómo nos acercaremos á Él; cómo nos prepararemos para recibirle, si no pensamos en su venida, si no consideramos quien es el que viene y para que viene; que es el Omnipotente, el Infinito, el Eterno; que viene para redimirnos y salvarnos; si no medita-

mos su Encarnación, si no esperamos con viva fé, si no le abrimos el corazón para que en el nazca y domine, si no hacemos oración?

Ved porque, venerables hermanos y amados hijos, al dirijirnos á vosotros con motivo del Adviento, habiendo, por otra parte, en la actualidad tantas necesidades y problemas que demandan nuestras peticiones y ruegos al Señor, Nos ha parecido oportuno hablaros de la oración, creyendo que con esto haremos bien á vuestras almas y que servirá para vuestro adelantamiento y provecho espiritual, única cosa que anhelamos y nos proponemos.

Siente el hombre necesidad de estar con Dios, de hablar y tratar con Dios, porque nuestro corazón se hizo para Dios y ninguna criatura puede llenarle y satisfacerle, estando siempre inquieto hasta tanto que descansa en Dios. Pero entre Dios y el hombre media una distancia infinita, porque Dios es Omnipotente, eterno, inmenso é infinito, y el hombre, aunque ha recibido del Supremo Criador una alma nobilísima, dotada de facultades muy escelentes, es finito y limitado, está sujeto á miserias y trabajos sin cuento, acompañándole constantemente el dolor y las lágrimas, desde que nace hasta que muere, en su peregrinación por el escabroso y árido desierto de la vida. ¿Como salvarémos esa distancia que de Dios nos separa y cuál será el puente que nos ponga en comunicación con el mismo Dios? La oración, que es la elevación del alma á Dios; la oración por la cual el hombre conversa con su Dios; la oración que es como incienso suavísimo que se derrama en la presencia de Dios: la oración con la cual el corazón humano satisface esa necesidad que siente de comunicarse, principalmente en sus penas y afliciones, sin que baste el más cariñoso y fiel amigo para llenarla y satisfacerla; mientras que hablando con Dios y exponiéndole reverentemente sus necesidades, como

lo hace en la oración, encuentra paz y consuelo; la tranquilidad por que suspiraba y el remedio que tanto anhelaba para sus tristezas y males.

Elevados fuimos por Dios al orden sobrenatural y criados hemos sido para el Cielo: más la humanidad sufrió una gran caída por el pecado de nuestros primeros padres, que nos envolvió en las corrompidas aguas de un diluvio espiritual, perdiendo en él las almas un caudal preciosísimo de gracias, un tesoro muy abundante de riquezas espirituales. Nos hallamos necesitados como el infeliz mendigo que careciendo de pan y alimento, tiene que implorarlos llamando á la puerta del rico. Pan y alimento necesitamos nosotros para nuestras almas; el alimento espiritual, como el material para el cuerpo; el pan de la gracia ¿A quien levantaremos nuestros ojos y pedirémos que nos ampare en nuestra pobreza, que nos socorra en la tribulación y nos conceda la gracia, sin la cual ni un solo paso podemos dar en orden á nuestra salvación? A Dios, que siendo infinitamente sábio, conoce nuestra miseria y lo que más nos conviene; según dijo nuestro adorable Salvador. «Vuestro Padre sabe de antemano lo que necesitais y antes de que vosotros se lo pidais» (1). Siendo Omnipotente, tiene poder para remediar todas nuestras necesidades, y siendo la bondad por esencia, no puede menos de compadecerse de nosotros, quiere nuestro bien y nos atiende como padre solícito y amoroso. Pero quiere que le pidamos, ya para reconocer nuestra dependencia y sumisión, ya para comunicarnos con él, ya porque se complace, aunque no le son necesarios para su felicidad y bienaventuranza, en nuestros homenajes y obsequios, ya para que le reconozcamos como dador de todo bien y nos hagamos, en lo posible, dignos de sus dones. Y es muy justo que así lo hagamos?, que elevemos

(1) Math., vi., 8.

nuestro corazón á Dios para pedirle mercedes?, que nos humillemos en su presencia?, que, acatando lo dispuesto por el Señor, cumplamos su divina voluntad, oremos, acudamos á su misericordia, nos sirvamos de la oración como medio ordenado por Dios para alcanzar sus beneficios y reconozcamos, con nuestra insuficiencia y pobreza, la necesidad de la oración y de acercarnos al Señor con nuestras súplicas y ruegos?

Para mejor persuadirnos de nuestro ineludible deber de orar, que juntamente con nuestra propia naturaleza y el fin para que hemos sido criados, lo patentiza, así como la necesidad de la oración, el mismo derecho divino, escuchémos lo que dice el Señor. *«Pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.* (1) Luego si no pedimos, cómo se nos dará? si no buscámos, cómo hallarémos? si no llamamos, como se nos abrirá? Si no hacemos lo que imperativamente nos dice el Señor que hagamos para recibir sus gracias, cómo las recibiremos? Y siendo estas necesarias para nuestra salvación, habrá quien piense ir al Cielo sin oración? Concederá el Señor alguna gracia aún á los que no oran, porque es verdad de fé que el principio de la salud no viene del hombre sino de Dios, que le previene con su gracia; mas lo que no conseguirá sin pedirlo son gracias con las que venza con constancia todas las tentaciones, observe todos los mandamientos y consiga la muerte preciosa de los justos. Es doctrina del gran S. Agustin que con su acostumbrada precisión la expresa en estos términos *«Es seguro, dice, que Dios quiere dar, aun á los que no piden, alguna cosa, como es el principio de la fé; pero otra cosa, como es la perseverancia final, la tiene reservada solamente para los que piden»* (2) Sobre esta materia merecen también citarse las siguientes palabras de S. Ligorio

(1) Luc. XII-9-10. (2) De dono persev. cap. XVI.

«La mayor parte de los teólogos, dice, con San Crisóstomo, S. Basilio, S. Agustín, ponen como principio fundamental que la oración es necesaria á todos los adultos para conseguir la salvación; de manera que según el actual orden de la Providencia, sin oración no hay salvación. Obligados estamos á orar, y no solamente por derecho divino, sino que la misma naturaleza nos impone esa obligación, diciendo Santo Tomas que la oración es propia de la criatura racional «*Orare proprium est rationalis creaturae*». (1)

Y, ciertamente, la oración es para el alma como el riego para los campos, como el arma para el soldado. Si á las plantas falta la humedad pronto se secan; pues tampoco el alma dará frutos si le falta el jugo de la oración. El soldado, aunque sea animoso y valiente, careciéndo de armas con que acometer y defenderse, no podrá combatir. Tenemos nosotros que luchar espiritualmente contra enemigos formidables; al hombre hacen guerra cruel sus propias pasiones; hay que guardar y defender la fortaleza del alma en que se encierra un tesoro tan precioso como el de la gracia santificante. Pues bien; qué deberemos hacer para no sucumbir ante el enemigo?, para salir victoriosos en la pelea?, para no caer en la tentación? Lo ha dicho el mismo Jesucristo «*Vigilate et orate ut non intretis in tentationem, spiritus quidem promptus est, caro autem infirma*». (2) Velad y orad á fin de que no entréis en tentación. Oren los Sacerdotes del Altísimo, entre el Vestíbulo y el altar, por sí y por el pueblo; oren en sus claustros las Vírgenes del Señor, que con sus ruegos y sacrificios aplacan la ira divina; oren los padres y los hijos; los ancianos y los jóvenes; oremos todos, que todos andamos muy necesitados de los auxilios del Cielo, y á todos nos es necesaria la

(1) Sum. theol. II.^a II.^{ae}, quaest. 83, artíc. 10. (2) Math. xxvi, 41

oración; orar debemos con oración de alabanzas para bendecir y glorificar al Señor, que en los Cielos alabado y bendecido es por los Angeles; como le glorificaba David, cuyos Salmos contienen las mas sublimes y tiernas alabanzas. «Te exaltaré, exclamaba, ¡Oh mi Dios y mi Rey! y bendeciré tu nombre por todos los siglos de los siglos... Que os confiesen, Señor, todas tus obras; que os bendigan tus Santos.» (1) Alabarle debemos como le alababan los tres jóvenes en el horno de Babilonia; como le alababa, sobre todo, la Santísima Virgen en aquel su precioso cántico. *Magnificat anima mea Dominum.* Debemos orar con oración de acciones de gracias para manifestar nuestra gratitud y reconocimiento al Señor, de quien hemos recibido tantos y tan grandes beneficios en el órden de la naturaleza y más excelentes aun en el de la gracia; á esta oración nos exhorta S. Pablo cuando dice: *Dad gracias en todas las cosas: que ésta es la voluntad de Dios* (2). Debemos orar con oraciones de súplicas y ruegos para pedir al Señor el pecador que le perdone, el justo la perseverancia, y todos las gracias que necesitamos para ir al Cielo: éstas, principalmente, porque si bien podemos pedir beneficios temporales, todo lo hemos de subordinar á nuestro último fin y á la voluntad de Dios. Debemos y podemos orar en donde quiera que nos encontremos; en casa y en el campo; pero el lugar sagrado es preferible y el más propio para orar, porque el Templo es la casa de Dios y, por lo tanto, de oración; debemos orar, por nosotros mismos y por nuestros prógimos, por los vivos y los difuntos; por nuestros amigos y por los que nos aborrecieran ó hubieran inferido algún mal; que así como á todos debemos amar, por todos orar debemos, que todos somos hermanos y en la oración dominical llamamos Padre á Dios: en esa

(1) Psalm. XLIV. (2) Cor. IX, 15.

oración que tantas grandezas encierra, como enseñada y dicha por el mismo Jesucristo; en esa oración, la más excelente y santa por su origen divino y por las peticiones que comprende; en esa oración la más propia y adecuada para pedir las gracias que necesitamos; en esa oración que fué la primera que nos enseñaron nuestras cristianas madres y que rezar debemos con todo el fervor de nuestros corazones.

Si ahora quiere saberse cuán poderosa sea la eficacia de la oración y cuán abundantes sus frutos, bastará recordar lo que ha dicho el mismo Jesucristo: *Si quid petieritis Patrem in nomine meo dabit vobis.* (1) que todo aquello que pidiéramos al Padre en su nombre, nos será concedido. Con la oración nos vendrán todos los bienes que real y verdaderamente lo sean, por que conduzcan á nuestra vida espiritual y cristiana, diciendo con mucha razón San Agustín *que sabe vivir quien sabe bien orar.* Sentencia muy verdadera, porque saber vivir es hacer la voluntad de Dios, es gozar del don divino, es poseer á Dios por la gracia, es cumplir la ley santa del Señor y de la Iglesia, es disfrutar de la paz de una conciencia tranquila, es amar á Dios por ser quien es y al prógimo por Dios, es ofrecerse generosamente á Dios para que disponga de cuanto tenemos y somos; es servirle con alma, vida y corazón; es bendecirle con palabras y con obras; es atender al gran negocio de la salvación, preparándonos con una santa vida para tener una buena muerte y la eterna bienaventuranza. El que esto hace, aunque sea un pobrecito, aunque á los ojos del mundo aparezca ignorante y no tenga otra ciencia, sabe vivir; el que esto no hace, aunque algunos le reputen sabio y sea poderoso y rico, no sabe vivir; y como los bienes y frutos espirituales dichos se obtienen por la oración,

(1) Joann. xv., 23.

repetimos con el excelso Doctor de la gracia *que sabe vivir quien sabe bien orar.*

Orando Jesucristo en el Tabor se transfiguró, resplandeciendo su rostro como el sol y volviéndose blancos sus vestidos. También el alma se transfigura por la oración, en la que recibe gracias y luces para elevarse hasta el Cielo, se une con Dios y permanece gozosa en su contemplación; adquiere fortaleza y virtud para dominar y vencer á sus enemigos; consagra al Señor todos sus pensamientos, que resplandecen como luz celestial; logra adornarse con la hermosa y blanca vestidura de la gracia; conviértense en dulces alegrías y consuelos su desolación y tristeza; saborea el don de Dios; gusta lo bueno y suave que es el Señor; escucha la voz del Padre celestial que le muestra sus complacencias; vése rodeada de una luminosa nube que la envuelve con sus celestes claridades, y cuando así se contempla feliz y dichosa en el amor y posesión de Dios, con quien tiene sus dulces coloquios, extasiada y como fuera de sí exclama con San Pedro, *Domine bonum est nos hic esse.* Señor, bueno es estarnos aquí; bueno es hablar, permanecer y conversar con vos.

Siendo la oración un coloquio del alma con Dios, el que ora siéntese como elevado de la tierra al Cielo; sus pensamientos no son de las cosas de la tierra; puros y limpios los eleva al Señor y con Dios se unen también su memoria, recordando los beneficios recibidos, y su voluntad con actos fervorosos de amor y santa abnegación. Como el corazón de los discípulos de Emaús ardía de amor mientras que iban y hablaban con Jesús, así también los que oran con devoción y fervor enciéndense en llamas de ardiente y generosa caridad; en llamas de amor á Dios, porque, conociendo su infinita bondad y belleza, no pueden menos de amarle y ofrecerse a su santo servicio; de amor á sus prójimos, porque, viendo

y considerando en ellos criaturas de Dios, por Dios les aman, con ese amor práctico y sincero que se muestra no solamente con las palabras y estéril compasión, sino con obras prácticas y meritorias.

Orando, tratamos con Dios, nos acercamos á Dios; y si el trato y conversación con personas buenas, piadosas y caritativas, engendra en los corazones sentimientos magnánimos, piadosos y caritativos, como Dios es la fuente de la santidad y origen de todo bien, la oración inspira los más dulces, puros y generosos sentimientos. Muy bien dice á este propósito San Juan Crisóstomo: «Si aquellos que tratan familiarmente con sábios no tardan en participar de la sabiduría, qué diremos de los que en la oración tratan con el mismo Señor? De cuánta sabiduría, fortaleza, prudencia y moderación no los llenará la oración?» (1) Brillaba la cara de Moises despues que hablaba con Dios; pues tambien resplandece el alma con luces y gracias celestiales cuando en la oración habla con el Señor; y si cuando Moises oraba, mientras que Josué combatía, los Israelitas vencian, tambien el cristiano que ora se vence á sí mismo y triunfa de sus inclinaciones, logrando para su espíritu victorias que animan, laureles que resplandecen, alientos que vigorizan. y consuelos que fortalecen. Oh, qué hermosa aparece el alma, puesta delante de su Dios, orando en la presencia divina, elevando al Cielo piadosas súplicas y plegarias, que luego se convierten en raudales de gracias y bendiciones, que sobre ella descenden, complaciéndose el mismo Dios en elegirla para templo suyo y casa de habitación, ya que es santuario en que se le rinde fervoroso culto con el suavísimo incienso de la oración que se derrama en su divina presencia y se le adora con devotísima y santa humildad; con esa humildad de corazón que tanto le agrada y complace.

(1) Serm. 2, de Orat.

En cambio, los que no oran, de cuántas gracias y bienes se privan. Podrían salir de ese abismo de miserias en que se encuentran sumidos, y no salen porque no oran. Podrían triunfar de las asechanzas de los enemigos, y no triunfan, porque no oran. Podrían resucitar de la muerte del pecado á la vida de la gracia, y no resucitan, porque no oran. Podrían sacudir ese letargo espiritual en que yacen y despertar del profundo sueño que duermen, para ruina y desgracia suya, y no despiertan, porque no oran. Podrían curar sus heridas y llagas espirituales, y no las curan, porque no oran; pasar de las sombras á la luz, y no pasan, porque no oran; ser gratos á Dios, y no lo son, porque no oran; vivir consolados y en santa paz, y no viven, porque no hacen oración; conseguir que sobre ellos bajasen las misericordias divinas, y no descienden, porque no oran. Enseña S. Agustín, ese gran santo que debió su conversión á los ruegos de su santa madre y que es un ejemplo magnífico de que orando se consigue la conversión de los pecadores; enseña que «la oración del justo es la llave del Cielo; la oración sube y la misericordia de Dios baja,» diciendo también el mismo santo Doctor que «es un sacrificio agradable á Dios y el azote de Satanás,» como también asegura S. Bernardo que «la oración purifica el alma, arregla los afectos, dirige las acciones, corrige los excesos, forma las costumbres, y es la hermosura y el adorno de la vida.»

Pero no basta orar. Hay que orar bien. Tal vez habrá quien diga. Si la oración es tan eficaz y sus frutos tan copiosos, cómo algunas veces no se alcanza lo que se pide? La respuesta es tan óbvia como sencilla. O porque se pide lo que no conviene, ó porque no pedimos bien. *Petitis et non accibilis eo quod male petatis* (1). De lo que es temporal Dios sabe lo que nos conviene; los hombres con frecuencia lo

(1) Jacg^o IV, 3^o.

ignoran y se equivocan. Hay que subordinarlo todo á nuestro último fin, y ésto mismo que á nuestro fin último se encamina y dirige, hay que saber pedirlo y debemos pedirlo bien. Pues ¿cómo hemos de orar? Punto es este de la mayor importancia, porque el fruto de la oración depende de que se haga con las condiciones que deben acompañarla. Por eso debemos pedir al Señor con humilde y compungido corazón que nos enseñe á orar. *Domine, doce nos orare*. Los fariseos oraban, y muchas veces permanecían mucho tiempo en la oración; pero no oraban bien, porque sus corazones estaban llenos de hipocresía y maldad y extendían sus manos á la iniquidad. Por eso el Señor no les oía. Lo propio sucede con muchos cristianos; oran, pero no consiguen lo que ruegan, porque su oración no es devota. Pronuncian algunas oraciones muy bellas y muy hermosas; pero su mente está distraída con frívolos, vanos y tal vez pecaminosos pensamientos, que no se dirigen al Cielo, pudiendo aplicarseles lo que Jesucristo decía de los hipócritas judíos: *Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de Mí.* (1) El Señor no les escucha, porque su oración no es devota.

La oración debe ser también humilde, porque el Señor que se comunica al que lo es resiste á los soberbios. Y, ciertamente, el hombre cuando ora se presenta con sus flaquezas, miserias y necesidades, delante del Rey de Cielos y tierra, en quien están todas las excelencias, riquezas y perfecciones, á pedirle que le proteja y ampare, que tenga misericordia; que le remedie, apiadándose de su pobreza y debilidades. Pues cómo se atreverá, siendo tan flaco y miserable, estando tan necesitado, á presentarse con altivez y soberbia delante de su Criador y Señor Omnipotente? Al suspirar los auxilios del

(1) Math. xv, 8.

Cielo é implorar las misericordias divinas, esclamar debe con el Profeta «*Pobre y flaco soy, ayudadme Señor. Tu eres mi ayuda y mi Salvador.*» | *Señor, no lo dilateis.* (1) Es muy saludable y digno de tenerse presente é imitarse aquel hermoso ejemplo del publicano del Evangelio, que no atreviéndose á levantar los ojos al Cielo, postrado en tierra y dándose golpes de pecho, decía. *Sedme propicio á mi, pecador.* Con humildad y compunción hemos de orar también nosotros si queremos ser atendidos, porque, según dice el Sabio, la oración de los humildes penetra en los Cielos. (2)

Pero si hemos de orar con humildad, también con confianza. Dios, que por ser Omnipotente lo puede todo, es nuestro padre, el mejor y más amante de los padres, el padre mas bondadoso y entrañable; y el respeto que los hijos deben á sus padres, no excluye esa filial y tierna confianza que se funda en el mutuo amor. Habiéndonos prometido el divino Salvador que todo lo que orando pidiéremos nos será concedido, debemos orar con viva fé; con aquella fé de los dos ciegos que, creyendo, merecieron del Salvador que les abriera los ojos, diciéndoles. *Hágase según vuestra fé;* (3) con la fé de la Magdalena que escuchó de labios de su adorado Maestro éstas consoladoras palabras: *Tus pecados te son perdonados...; tu fé te ha salvado, vete en paz;* (4) con aquella santa confianza que nos aconseja el Apóstol cuando dice «*Acerquémonos con confianza al trono de la gracia para conseguir misericordia y hallar gracia en el tiempo oportuno.*» (5)

Y si orando con éstas condiciones aun pareciera que el Señor no atiende nuestros clamores, es para que acrecentemos nuestro mérito; para probarnos; para que insistámos llamando á las puertas de su

(1) Psalm. LXIX, 6. (2) Eccl. XXXV, 21. (3) Math. XIX.
(4) Luc., VII, 48-50. (5) Heb. IV, 6.

misericordia; que á los constantes se da la victoria y la perseverancia es también condición necesaria de la oración. Imitémos en nuestras súplicas al Patriarca Jacob que no dejó al Ángel hasta recibir su bendición; al amigo que no se vá de la puerta de la casa del amigo hasta que consigue los panes que le pide; á la Cananea, que, aun cuando Jesús no le respondió cuando por vez primera le pidió la salud de su hija, al fin, insistiendo reverente y confiada, la alcanzó, logrando que Jesús le respondiera: *Oh mujer, grande es tu fé; hágase como tu quieres.* (1) Si de esta manera oramos nosotros, no lo dudemos: también serémos oídos.

Y cuándo hemos de orar? Continuamente, diciendo el Evangelio que es preciso orar siempre y nunca cansarse *Oportet semper orare, et non deficere* (2).

Lograrémos esta continuidad en la oración si ofrecemos á Dios nuestras obras con pureza de intención; si vivimos en su presencia, renovándola con piadosas jaculatorias, y tenemos la cristiana práctica de rezar diariamente y con alguna frecuencia devotas oraciones. Principalmente hemos de orar en los dias festivos por estar consagrados al Señor de un modo especial. No ha de omitirse la oración de la mañana, que es tiempo muy oportuno, y debe orarse también al medio día y por la noche, recordando en nuestras invocaciones al Señor lo que el Salmista decía: *Por la noche, por la mañana y al medio día invocaré al Señor; y oirá mi voz* (3). Para facilitar esta práctica, la Iglesia tiene establecidas las oraciones del *Angelus*, que habrémos de rezar cuando la campana las anuncia. En cada hora conviene saludar á la Santísima Vírgen con el *Ave Maria*. Ni un solo día ha de pasar sin que en el templo, en familia ó particularmente recemos el Santo Rosario. Al prin-

(1) Mith xv. (2) Luc. XVIII, 1. (3) LIV, 18.

cipio de cada obra se ha de orar, para que de este modo quede santificada. Todo esto es muy fácil, como lo fué á nuestros católicos padres que así lo practicaban; es tambien altamente consolador y alcanza las bendiciones del Cielo. Cuantas veces en nuestras pláticas y exhortaciones, al practicar la Santa Visita Pastoral, hemos dicho: Padres católicos, madres cristianas; enseñad á vuestros hijos, desde muy niños las oraciones; rezadlas con ellos. Esto mismo les repetimos ahora, como exhortamos á todos nuestros queridos diocesanos á que sean hombres de oración y que á la oración, todos unidos en un mismo pensamiento y deseo, como lo quiere el gran Pontífice reinante, agreguemos la acción católica, nuestros comunes esfuerzos, para defender y salvar, en cuanto de nuestra parte esté, en las presentes graves y difíciles circunstancias, los preciosos intereses de la religión y de la sociedad.

Orémos, venerables hermanos y amados hijos; orémos por la Iglesia, en nuestros dias tan combatida, que se le niegan ó poñen en duda todos sus derechos, aun los mas legítimos; se la mira como enemiga, siendo la más cariñosa madre, y quisiera privársela hasta de la existencia; mas por Jesucristo, verdad por esencia, le está asegurada hasta la consumación de los siglos, y no morirá. Orémos por el soberano Pontífice; por el atribulado cautivo, sapientísimo y providencial León XIII, como los primitivos fieles oraban por S. Pedro, cuando estaba en la carcel cargado de cadenas; orémos por nuestra Pátria amadísima; por esta pobre España, sobre la cual han venido tantas calamidades y desventuras, viéndose amenazada de otras nuevas: orémos para que no se realicen los funestos y desacertados proyectos que tienen justamente alarmados á los buenos católicos españoles; orémos los unos por los otros para que todos seamos

salvos: *Orate pro invicem, ut salvemini.* (1) Orad por vuestro Prelado que también ruega por vosotros, pidiendo al Señor de todo corazón que os conceda abundantísimamente sus celestiales bendiciones.

Con la esperanza y vivísimos anhelos de que nuestro buen Dios las derrame benigno sobre vosotros, os concedemos la nuestra muy afectuosa y con toda la efusión de nuestra alma en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo, Amen.

Dada en El Burgo de Osma, á veintiuno de Noviembre de mil novecientos dos.

† JOSÉ MARÍA, Obispo de Osma.

Dése lectura de esta Pastoral en la forma acostumbrada.

ANUNCIO DE BENDICIÓN PAPAL.

El Ilmo. y Rvmo. Prelado, mi Señor, dará la Bendición Papal el día de la Purísima Concepción, después de la Misa pontifical que, Dios mediante, celebrará en la S. I. Catedral. Todos los fieles que, previa confesión y comunión, asistieren á este acto pueden ganar *indulgencia plenaria* y remisión de todos sus pecados. Burgo de Osma 29 de Noviembre 1902.—DR. MANUEL MARÍA VIDAL, *Arcediano Secretario.*

NECROLOGÍA.

El 23 del corriente falleció el Párroco de *Casarejos* D. Paulino Gómez Álvarez, fortalecido con los Santos Sacramentos. Pertenecía á la Hermandad de sufragios espirituales del clero.

R. I. P.

(1) Jac., v, 16.